

LAS IDEOLOGÍAS EXISTEN (III): SIN IZQUIERDAS NI DERECHAS

Gonzalo Sichar*

La búsqueda de la ‘tercera vía’ se ha intentado desde tendencias políticas bien diferentes como la socialdemocracia —un socialismo enmarcado en el libre mercado—, la democracia cristiana —un conservadorismo teñido de humanismo cristiano y por tanto con tendencia social—, el fascismo —un socialismo nacionalista— o el centro político —que trata de acaparar ‘lo mejor’ del liberalismo y de la socialdemocracia—. Pero al final todas han sido tendencias más o menos moderadas, más o menos radicalizadas, de las dos vías ya conocidas: la derecha y la izquierda.

En España el partido que mejor ha jugado la transversalidad fue UPyD. Y lo digo así, en pretérito indefinido, porque es un proyecto ya fenecido. La otra formación que podía abanderar la transversalidad es Ciudadanos, que además fue el primer partido español del siglo XXI que se sumó a este carro (en 2006, un año antes que los de Rosa Díez). Sin embargo, en su II Congreso se circunscribió al centro-izquierda. Después volvió a recuperar la transversalidad por poco tiempo, para volver al centro, aunque esta vez al centro ‘a secas’. Explicar la transversalidad es complicado, es parte de la controversia intelectual de Arcadi Espada y compañía, pero no está en el debate de la calle. Y si se quiere un partido de masas con posibilidad de disputar incluso la Presidencia del Gobierno, obviamente es tontería perder el tiempo en estas discusiones politológicas.

Habiéndose perdido el horizonte de la transversalidad no queda otra que resignarse al centro, donde están esos millones de votos que son los únicos que permiten hacer de un buen partido una opción de gobierno. Y no hay duda que el centro es atractivo. En el PP nunca se habla de derechas, sino de centro-derecha. Ya hasta en el PSOE Pedro Sánchez empezó a hablar de centro-izquierda, pese a sus guiños a Podemos.

Como decía Pedro J. Ramírez, el centro es sexy. Cuando en 2007 se preparaba la campaña del candidato François Bayrou de Unión por la Democracia Francesa (UDF), frente a la percepción de que se habían convertido en una organización de jóvenes aburridos, incapaces de hacer vibrar como lo lograban los populismos de ultraizquierda y ultraderecha, decidieron reivindicar que el centrismo era sexy. Y pronto comenzaron las apariciones de grupos de activistas con camisetas de color naranja —atención, naranja, como Ciudadanos— autodenominándose ‘sexy centristas’. También editaron calendarios con imágenes insinuantes —nueva coincidencia con Ciudadanos, recordemos el cartel con el que se presentó Albert Rivera—. Aunque les llovieron las burlas, los mítines de Bayrou empezaron a ser el punto de encuentro de personas atractivas —¿más coincidencias?, pensemos en la buena presencia de muchos de los candidatos y candidatas de Ciudadanos—.

Bayrou afirmaba que frente a quienes conciben el ejercicio del poder «como el dominio de un partido sobre otro», el centrismo representa «la opción del pluralismo, la aceptación de las diferencias y la voluntad de hacerlas trabajar juntas». La campaña de la UDF ideó lemas ingeniosos como «No votar hace la democracia impotente». Si bien es cierto que las aventuras presidenciables de Bayrou nunca llegaron a buen puerto, tal vez porque el problema del centrismo reside en que, como decía Bismarck, «en un sistema de tres potencias, hay que convertirse en una de las dos». Y así lo hicieron Valéry Giscard al engullir al gaullismo de Chirac, Adolfo Suárez incorporando al centro de la UCD gran parte del voto de la derecha, Felipe González al abandonar el marxismo y moderar su discurso, y José María Aznar con su ‘viaje al centro’. Rodríguez Zapatero y Rubalcaba tiraron por el camino de la izquierda iniciando la debacle del PSOE. En cambio Mariano Rajoy se instala en una ‘socialdemocracia de derechas’ —como la califican desde algunos medios derechistas— pero que le dan los votos del centro que son los que llevan al poder.

En el lado extremista de la ‘tercera vía’, Drieu la Rochelle sugería que ese tercer partido no predicase la concordia, sino imponerla; no yuxtaponer elementos tomados de la derecha y de la izquierda, sino imponerles a

* Portavoz de Ciudadanos en Diputación Provincial de Málaga y Doctor en Antropología Social

éstas que se fusionen en su seno. Pues la transversalidad democrática debiera ser todo lo contrario, buscar la concordia, y el consenso.

Así como Drieu la Rochelle insistía en la necesidad de unificar las tendencias extremistas de izquierda y de derecha en un solo movimiento capaz de destruir el marasmo del sistema parlamentario —en una definición muy locuaz del fascismo en su esencia—, la ansiada transversalidad democrática tendría que unificar las tendencias moderadas de izquierda y de derecha en un solo movimiento capaz de fortalecer el parlamentarismo.

Y así, aun siendo fascismo y transversalidad democrática dos búsquedas de la ‘tercera vía’, en realidad son antagónicos. Mientras el primero desprecia la democracia, la segunda busca regenerarla; mientras el primero comparte con el nacionalismo y el socialismo la preponderancia de lo colectivo, la segunda comparte con el liberalismo el papel principal del individuo frente a la colectividad; mientras que el primero saca rédito político del caos, la segunda requiere para el triunfo menor temperatura política. En definitiva, mientras el fascismo es antisistema para acabar beneficiando a los poderosos del sistema, la transversalidad democrática trata de fortalecer el sistema para aumentar la confianza y beneficiar a los ciudadanos frente al posible abuso del poder público a través de la transparencia, rendición de cuentas, división real de poderes...